

llas cosas sobre la libertad:—«No sois aun rey, replicó Bastide, y podeis escuchar la verdad; muy pronto no os faltarán aduladores.—Vuestro padre, añadió, es regicida como el mio, y esto os separa un poco de los demás.» Entonces hubo congratulaciones mutuas sobre el regicidio; pero con la juiciosa observacion de Felipe, de que hay cosas cuyo recuerdo debe conservarse, pero no imitarlas.

Algunos republicanos que no eran de la reunion de *El Nacional* penetraron tambien hasta Luis Felipe. Mr. Trelat le dijo:—«El pueblo es soberano; vuestras funciones son provisionales; es necesario que el pueblo exprese su voluntad: ¿quereis consultarle? ¿Si ó no?»

Mr. Thiers, poniendo la mano sobre el hombro de Mr. Thomas, interrumpe este discurso peligroso:—«Monseñor, ¿no es este un bello coronel?—Cierito que sí, responde Luis Felipe.—¿Qué es lo que se dice! exclamaron algunos; ¿se nos toma por un rebaño que viene á venderse?» Y por todas partes se oyen estas palabras contradictorias:—«Esta es la torre de Babel. ¿Y se llama á esto un rey ciudadano? ¿La república? Gobernad, pues, con los republicanos.» Y Mr. Thiers exclama:—«¡He salido con una buena embajada!»

Despues bajó Mr. de Lafayette al palacio real; el ciudadano estuvo á punto de ser ahogado por los abrazos de su rey. Toda la casa estaba trastornada.

Los vestidos andaban esparcidos por los sitios de honor; los casquetes en los salones; las bolsas en las mesas; en el salon del consejo no habia sillones, sino sillas; cada cual hacia uso de la palabra cuando le daba la gana, y el mismo Luis Felipe, sentado entre Mr. de Lafayette y Mr. de Laffitte, se hallaba extasiado de igualdad y de felicidad.

Yo abria querido emplear mas gravedad en la descripcion de estas escenas que han producido una gran revolucion, ó, por hablar mas exactamente, de estas escenas que han apresurado la trasformacion del mundo; pero yo solo las he visto en parte, y los diputados que eran actores en ellas no podian menos de manifestar cierta confusion al contarme de qué manera habian forjado un rey el 31 de julio.

A Enrique IV, no católico, se le hacian objeciones que no le rebajaban, y que se hallaban á la altura del trono: se le representaba que San Luis no habia sido canonizado en Génova, sino en Roma; que si el rey no era católico, no ocuparía el primer lugar entre los reyes de la cristiandad; que no estaba bien que el rey orase de una manera y su pueblo de otra; y por último, que el rey no podia ser consagrado en Reims, ni enterrado en Saint-Denis, si no era católico.

¿Qué se objetaba á Felipe antes de hacerle pasar por el último escrutinio? que no era bastante patriota.

Hoy, que la revolucion está consumada, se cree ofendido si se osa recordarle lo que pasó en el punto de partida; se teme disminuir la solidez de la posicion que ha tomado, y cualquiera que no halla en el origen del hecho la gravedad del hecho consumado, es un detractor.

Cuando bajaba una paloma á traer á Clovis el óleo santo; cuando los reyes de larga cabellera eran levantados sobre un pavés; cuando San Luis temblaba por su virtud prematura, pronunciando en su consagracion el juramento de no emplear su autoridad mas que en servicio de la mayor gloria de Dios y del bien de su pueblo; cuando Enrique IV, despues de su entrada en Paris, fué á prosternarse á la iglesia de Nuestra Señora; cuando se vió ó se creyó ver á su derecha un hermoso niño que le defendía y que se tomó por su ángel guardian, concibo que la diadema fuese sagrada, el oriflama coronaba los tabernáculos del cielo. Pero despues que un soberano, con los cabellos cortados y las manos atadas detrás de la espal-

da, ha encorvado su cabeza en una plaza pública bajo la cuchilla, al sonido del tambor; despues que otro soberano ha ido, rodeado de la plebe, á mendigar votos para su eleccion, al ruido del mismo tambor, sobre otra plaza pública, ¿quién conserva la menor ilusion hácia la corona? ¿Quién cree que el trono, herido y mancillado, puede imponer aun al mundo? ¿Qué hombre, que sienta latir un poco su corazon, querría tragar el poder en el cáliz de afrenta y disgusto que, sin provocar, ha vaciado Felipe de un solo sorbo? La monarquía europea habria podido continuar su vida si se hubiera conservado la monarquía madre, hija de un santo y de un grande hombre; pero se han esparcido las simientes, y no volverá á renacer.

EL REY DEJA Á SAINT-CLOUD.—LLEGADA DE MADAMA LA DELFINA Á TRAINON.—EL CUERPO DIPLOMÁTICO.

Acabais de ver al reinado de la Grève avanzar, humeante de pólvora y sin aliento, bajo la bandera tricolor, en medio de sus insolentes amigos; vais á ver al reinado de Reims retirarse á pasos mesurados en medio de sus limosneros y de sus guardias, marchando con toda la exactitud de la etiqueta, no oyendo una palabra que no fuese una palabra de respeto, y reverenciado hasta de los mismos que lo detestaban. El soldado, que lo estimaba poco, se hacia matar por él. La bandera blanca colocada sobre el féretro de la monarquía legítima, antes de ser replegada para siempre, decia al viento: «Saludadme; yo me hallé en Yvry; yo he visto morir á Turena; los ingleses me conocieron en Fontenoy; yo he hecho triunfar la libertad con Washington; yo he libertado á la Grecia, y yo floto aun sobre las murallas de Argel.»

Al amanecer del 31, á la misma hora precisamente en que el duque de Orleans recién llegado á Paris, se preparaba para la aceptacion de la lugartenencia general, se presentaron en el vivac del puente de Sevres las gentes del servicio de Saint-Cloud, anunciando que habian sido despedidas, y que el rey habia partido á las tres y media de la mañana. Los soldados se conmovieron; pero se tranquilizaron poco despues á la vista del delfín. Este se adelantaba á caballo, como para arrebatárselos con una de esas palabras que llevan á los franceses á la victoria ó a la muerte, se detiene al frente de la línea, á balbucea algunas frases, y volviendo riendas, entra de nuevo en el palacio. No fue el valor lo que le faltó, sino la palabra. La miserable educacion de nuestros príncipes de la rama primogénita los hacia incapaces de sufrir una contradiccion, de expresarse como todo el mundo, y de mezclarse á los demás hombres.

Entre tanto las alturas de Sevres y los terrados de Belle-vue se coronaban de hombres del pueblo, que cambiaron algunos tiros con las tropas reales. El capitán que mandaba la avanzada del puente de Sevres se pasó al enemigo, llevando el refuerzo de una pieza de artillería y una parte de sus soldados á los pelotones reunidos en el camino de *Point du jour*. Entonces convinieron los parisienses y la guardia en que no habria hostilidad alguna hasta que se bubiese ejecutado la evacuacion de Saint-Cloud y de Sevres. En seguida comenzó el movimiento de retirada; los suizos, envueltos por los habitantes de Sevres, bajaron á tierra su armas; pero casi al instante fueron libertados por los lanceros, cuyo teniente coronel salió herido. Las tropas atravesaron á Versailles, donde la guardia nacional daba el servicio desde el día antes con los granaderos de Larochejacquelein, aquella con la escarapela tricolor, estos con la escarapela blanca. Madama, la delfina llegó de Vichy, y se reunió con la familia real en Trianon, mansion favorita en otro tiempo de María Antonieta. Aquí se separó de su amo Polignac.

y encontré en sus gabinetes á la duquesa de Orleans y á Mad. Adelaide. Ya habia tenido la honra de saludarlas otra vez. Indicóme la duquesa que me sentase á su lado, y me dijo en seguida.—«¡Ah, Mr. de Chateaubriand; ¡qué desgraciados somos! Quizá si se unieran podrian salvarse todavia los partidos. ¿Lo creéis así?»

—«Señora, la contesté: nada es mas fácil; Carlos X y el delfín han abdicado: Enrique es por lo tanto el rey: el duque de Orleans es lugarteniente del reino: que sea, pues, regente durante la minoría, y todo se ha concluido.»

—«Pero, Mr. de Chateaubriand, el pueblo está muy agitado; la anarquía nos amenaza.»

—«Me atreveré, señora, á preguntaros cuál es la intencion de monseñor el duque de Orleans. ¿Si se la ofreciesen, aceptaría la corona?»

Vacilaron las dos princesas; mas la duquesa contestó, despues de un momento de silencio:

—«Pensad, Mr. de Chateaubriand, en las desgracias que pueden sobrevenir. Para salvarnos de la república es preciso que se entiendan todas las personas honradas. En Roma, Mr. de Chateaubriand, y aun aquí, si no quereis salir de Francia, podeis prestar grandes servicios.»

—«No ignorais, señora, mi afecto al jóven rey y á su madre.»

—«¡Ah! bien se han portado con vos, Mr. de Chateaubriand.»

—«V. A. R. no querrá ciertamente que yo me ponga en contradiccion con toda mi vida.»

—«¿No conoceis á mi sobrina? ¡Es tan viva!... ¡Pobre Carolina!... Llamaré al duque de Orleans, que os convencerá mejor que yo.»

Dió sus órdenes la princesa, y Luis Felipe llegó al cabo de medio cuarto de hora. Estaba mal vestido, y parecia hallarse muy cansado: me levanté, y se acercó diciéndome:

—«Ya os habrá indicado la duquesa lo desgraciados que somos.»

Y en seguida me hizo un idilio sobre la felicidad que gozaba en el campo, y sobre la vida tranquila y adecuada á sus inclinaciones que pasaba en medio de sus hijos. Aprovecheme de la pausa que hizo entre dos estrofas para tomar á mi vez respetuosamente la palabra y repetirle casi lo mismo que habia dicho á las princesas.

—«¡Ah! exclamó; eso es lo que yo deseo. Quedaria satisfecho con ser el tutor y el apoyo de ese niño. Creo, como vos, Mr. de Chateaubriand, que lo mejor que hay que hacer es sin duda el ir en busca del duque de Burdeos. Pero temo que los acontecimientos puedan mas que nosotros.»

—«¿Mas que nosotros, señor? ¿No estais investido de todos los poderes? Vamos á reunirnos con Enrique V: convocad á vuestro lado y fuera de Paris las cámaras y el ejército. Luego que se sepa vuestra marcha cesará esta efervescencia, y todos buscaran seguridad en vuestro gobierno ilustrado y protector.»

Mientras decia esto, observaba á Felipe. Mi consejo no le sentaba bien: en su frente estaba escrito, y yo lo leí, el deseo que tenia de ser rey.—«Mr. de Chateaubriand, me dijo sin mirarme: la cosa es mas difícil de lo que creéis: eso que proponeis no es tan fácil. No sabeis en qué peligro nos hallamos. Es muy probable que caiga una turba furiosa sobre las cámaras, y no contamos con nada para defendernos.»

Esta frase, que se escapó al duque de Orleans, me proporcionó el placer de replicarle perentoriamente:—«Concibo bien, monseñor, que la situacion es angustiosa; mas hay un medio seguro de salir de ella. Si considerais que es arriesgado el ir á juntaros con Enrique V, como antes propuse, todavia queda expe-

dito otro camino. Las sesiones van á abrirse: sean las que quieran las proposiciones que hagan los diputados, declarad desde luego que la actual cámara no tiene los poderes necesarios (como así es en realidad) para resolver sobre la forma de gobierno que se ha de dar á la nacion; decid que es preciso consultar á la Francia y elegir un nuevo congreso con poderes especiales para decidir cuestion tan importante. De este modo se colocará V. A. R. en una posicion muy popular; el partido republicano, que os amenaza hoy, os elevará á las nubes. En los dos meses que trascurrieran hasta que se abriese la nueva legislatura organizariais la milicia nacional, y vuestros amigos y los del rey secundarian vuestros esfuerzos en las provincias. Dejad que vengan los diputados y que aboguen en la tribuna por la causa que defendiendo. Habiendo pasado la ocasion que pudo producir la anarquía, no tendriais ya que temer la violencia de los republicanos. No creo que sea difícil que os capteis la amistad del general Lafayette y de Mr. de Laffitte. ¿Qué posicion para vos, señor! Podeis reinar quince años con el nombre de vuestro pupilo, pasados los cuales habrá llegado para todos la edad en que se necesita descansar; tendriais la gloria, única en los anales históricos, de haber conservado para el heredero legítimo el trono á que os es fácil subir, y á la vez podriais educar este niño con las luces del siglo y hacerlo digno de reinar en Francia; una de vuestras hijas compartiria con él el tálamo real.»

Mientras esto, Felipe miraba vagamente hácia uno y otro lado:—«Perdonadme, Mr. de Chateaubriand, pues para hablaros dejé una comision que me espera. Ya os habrá dicho la duquesa que me consideraria feliz si pudiera realizar lo que deseais; pero, creedme: nadie mas que yo puede contener las turbas amenazadoras. A mis esfuerzos únicamente debe su existencia el partido realista.»

Al oír esta manifestacion tan inesperada y tan distante del objeto de nuestra entrevista, le respondí:—«Yo, señor, he visto muchos asesinatos: los que han pasado por las revoluciones estan ya aguerridos: los que tienen los bigotes grises no se asustan por los hechos que horrorizan á los reclutas.»

S. A. R. se retiró, y yo fui en busca de mis amigos.

—«Y bien, ¿qué hay? me dijeron.

—«Quiere ser rey.

—«¿Y la duquesa de Orleans?

—«Quiere ser reina.

—«¿Os lo han dicho?

—«El uno me ha hablado en poesia pastoril, y la otra de los peligros que amenazan á la Francia y de la viveza de su pobre Carolina; los dos han tratado de convencerme de que podria serles útil, y ninguno de ellos me ha mirado de frente.»

La duquesa de Orleans quiso verme otra vez; mas el duque no asistió á esta nueva entrevista. Madama Adelaide se encontró allí como en la primera. La duquesa se explicó mas claramente sobre los honores con que se proponia honrarle el duque de Orleans. Tuvo la bondad de recordarme lo que llamaba mi influencia en la opinion pública, los sacrificios que habia hecho y la aversion que á pesar de ellos me habia manifestado siempre Carlos X y su familia. Me dijo que si queria volver al ministerio de Negocios Extranjeros, S. A. R. tendria un placer en restituirme esta cartera; pero que quizá preferiria volver á Roma, y que ella (la duquesa de Orleans) lo celebraria por bien de nuestra santa religion.

—«Señora, dije con viveza: veo que el duque de Orleans ha tomado su partido; que ha calculado sus consecuencias, y que ha visto los años de miseria y de peligros de todos géneros que tendrá que atravesar: no tengo, pues, nada que decir. No he venido aquí para faltar al respeto á la sangre de los Borbones;



y además, estoy altamente reconocido á vuestras bondades. Dejando aparte las grandes objeciones y las razones que se puedan emitir sobre los principios y los acontecimientos, suplico á V. A. R. se digne escuchar algunas palabras que á mí se refieren. Me habeis hablado de lo que llamais mi poder sobre la opinion. Pues bien; si fuese cierta esta influencia, no estaria fundada sino en la estimacion pública, la cual perderia en el instante que cambiase de bandera. Creeria el duque de Orleans haber adquirido conmigo un grande apoyo, y en realidad no tendria á sus órdenes mas que un miserable hablador, un perjuro, cuya voz nadie escucharia, un renegado á quien tendrían todos derecho de arrojar lodo y escupir á la cara. A las inciertas palabras que dirigiera en favor de Luis Felipe, se me contestaria con los volúmenes que he publicado en defensa de la familia caída. ¿No soy yo, en efecto, señora, quien ha escrito el folleto *De Bonaparte los y Borbones, los Artículos sobre la llegada de Luis XVIII á Compiègne, el Informe en el congreso del rey en Gante, la Historia de la vida y muerte del duque de Berry?* No sé que haya en ellos una sola página en que no se encuentre el nombre de mis antiguos reyes y mis protestas de amor y fidelidad, circunstancias que indican cierto cariño particular, tanto mas notable, señora, cuanto que sabeis que yo no creo en los reyes. Solo la idea de la desercion me avergüenza, y si la hiciese, me arrojaría al Sena. Perdonad, señora, el calor de mis palabras: estoy reconocido á vuestros favores, que recordaré eternamente; pero sé muy bien que no querreis deshonrarme: compadecedme, señora; compadecedme.»

Habia permanecido en pié; saludé, y me retiré. La señorita de Orleans no habia dicho una palabra. Se levantó, y al marcharse me dijo: «No os compadezco, Mr. de Chateaubriand; no os compadezco. Sorprendíme de tan breves palabras y del acento con que las pronunció.»

Esto fue mi última tentacion política: siguiendo las ideas de Saint-Aulaire, debí creer que yo era uno de los hombres justos, pues dice que cuanto mas santos son, mas expuestos se hallan á las tentaciones del diablo: *Victoria est exacta de sanctis*. Es mayor su victoria cuando la consigue sobre los bienaventurados. Con mis negativas procedí como un necio; porque ¿dónde estaba el público que pudiera apreciarlas? ¿No hubiera podido hacer lo que tantos otros hijos virtuosos de la tierra, que ante todo sirven á la patria? Por desgracia no soy hombre que me someto á las exigencias de lo presente, ni quiero tampoco capitular con la fortuna. Nada hay de comun entre Ciceron y yo: sin embargo, su fragilidad no puede disculparse: aun no ha perdonado la posteridad á este grande hombre su flaqueza en someterse á otro grande hombre. ¿Qué habria sido mi pobre vida si hubiese perdido por Luis Felipe de Orleans mi integridad, que era mi único bien?

La noche del mismo dia que habia tenido esta conversacion en el palacio real vi en casa de Md. Recamier á Mr. de Saint-Aulaire. Aunque yo no le pregunté por sus secretos, él si lo hizo de los míos. Acababa de llegar del campo, y tenia aun la cabeza caliente con los acontecimientos que habia leído.—«¡Ah! me alegro mucho de veros, exclamó: me haceis muy buena obra! Me prometo que en Luxemburgo cumpliremos con nuestro deber. ¿Tendría que ver el que los pares dispusiesen de la corona de Enrique V! Estoy seguro que no me dejareis solo en la tribuna.»

Como habia tomado ya mi partido, estaba muy tranquilo, y mi contestacion pareció fria al ardor de Mr. de Saint-Aulaire. Vió á sus amigos, y luego me dejó solo en la tribuna. ¡Vivan los hombres de imaginacion, de ligero corazón y de frívola cabeza!

ÚLTIMO SUSPIRO DEL PARTIDO REPUBLICANO.

El partido republicano forcejeaba inútilmente á los piés de los amigos que le habian hecho traicion. Presentóse el 6 de agosto en la cámara de los Diputados una comision de veinte individuos, designados por el comité central de los doce distritos de París, para presentar un mensaje, que el general Thiers y Mr. Dury-Dufresne arrebataron á la benévola comision. Estaba reducido á decir: «Que no podia la nacion mirar como poder constitucional una cámara electiva nombrada durante y bajo la influencia de la destruida monarquía, ni una cámara aristocrática, cuya institucion es contraria á los principios que han precisado á la nacion á tomar las armas; que el comité central de los doce distritos no concedia á la cámara mas que un poder de hecho y provisional, para que, en vista de las circunstancias, pudiese dar algunas órdenes urgentes, y acordase por unanimidad la libre y popular eleccion de diputados que realmente representasen al pueblo, y que si se procedia de otro modo miraria la nacion como nulo todo cuanto tendiese á menoscabarle sus derechos.»

Esto era muy justo; pero el lugarteniente general del reino deseaba la corona, y se apresuraron á dársela el miedo y la codicia. Los plebeyos de entonces querian una revolucion completa, y no supieron hacerla: los jacobinos, á quienes tomaron por modelo, habrian hecho desaparecer á los hombres del palacio real y á los charlatanes de las dos cámaras. Lafayette habia venido á parar en tener ineficaces deseos: feliz con haber resucitado la guardia nacional, se dejó engañar por Luis Felipe, de quien creia ser su nodriza, y con tanta felicidad se quedó adormecido. El viejo general representaba la libertad dormida, asi como la república de 1793 se figuraba por la cabeza de un cadáver.

La verdad es que una cámara incompleta y un mandato no tenian derecho para disponer de la corona. Fue una Convencion reunida expresamente para ello, y una cámara de los Comunes recién elegida, la que dispuso del trono de Jacobo II. Y es tambien la verdad que este *encenagamiento* de los diputados, que estos doscientos veinte y uno, imbuidos por Carlos X en la tradiciones de la monarquía hereditaria, y que no tenian facultades propias para poder obrar en la electiva, precisaron primero á esta nueva monarquía á que permaneciese en la inaccion, y forzaronla despues á que retrocediese hácia los principios de casi-legitimidad. Los que forjaron la espada de esta dinastía dejaron en ella un pelo, que tarde ó temprano la hará saltar.

7 DE AGOSTO.—SESION EN LA CÁMARA DE LOS PARES.—MI DISCURSO.—SALGO DEL PALACIO DEL LUXEMBURGO PARA NO ENTRAR MAS EN ÉL.—MIS DIMISIONES.

El 7 de agosto fue para mí un dia memorable: en él tuve la dicha de terminar, como habia empezado, mi carrera política, bien de que debe uno gozarse, porque es muy raro en estos tiempos. Habíase llevado á la cámara de los Pares la declaracion de la de los Diputados concerniente á la vacante del trono. Yo me coloqué en mi asiento, que estaba entre los mas altos, y en frente de el del presidente. Parecióme que los pares estaban abatidos y cansados. En la frente de algunos se veia el orgullo con que se disponian á ser desleales, y en la de otros notábase la vergüenza de los remordimientos, que ni aun para oír les dejaba valor. Al mirar tan triste asamblea, me decia á mí mismo: «¿Qué, abandonarán á Carlos X en su desgracia los que recibieron sus beneficios en su prosperidad! ¡Le haran traicion los mismos cuyo encargo especial era

aligir á mi pueblo por no haber buscado un medio de prevenirlos. He tomado, pues, la resolucion de abdicar la corona en favor de mi hijo el duque de Burdeos. El delfin, que participa de estos mismos sentimientos, renuncia tambien la corona en favor de su sobrino.

«En vuestra calidad de lugarteniente general del reino tendreis, pues, que hacer proclamar el advenimiento de Enrique V á la corona. Por lo demás, vos tomareis las medidas que os conciernan para arreglar la forma de gobierno durante la minoría del nuevo rey. Yo me limito á hacer conocer esta disposicion, como un medio de evitar nuevos males.

«Comunicareis mis intenciones al cuerpo diplomático, y me hareis conocer lo mas pronto posible la proclamacion en que mi hijo sea reconocido rey bajo el nombre de Enrique V.

«Os renuevo, primo mio, la seguridad de los sentimientos con que soy vuestro afectísimo primo,

«CARLOS.»

Si el duque de Orleans hubiera sido capaz de emocion ó de remordimientos, esta firma, *vuestro afectísimo primo*, ¿no habria debido conmover su corazón? Se dudaba tan poco en Rambouillet de la eficacia de las abdicaciones, que se preparaba el viaje á París del joven príncipe, y la escarapela tricolor, que debia servirle de égida, se hallaba ya formada por las manos de los mas ardientes partidarios de las ordenanzas. Suponed que Mad la duquesa de Berry hubiese partido súbitamente con su hijo y presentádose en la cámara de Diputados en el mismo momento en que el duque de Orleans pronunciaba el discurso de apertura; le quedaban dos probabilidades; probabilidades peligrosas, es cierto; pero si hubiera sucedido una catástrofe, el niño hubiera subido al cielo en vez de arrastrar una vida miserable en tierra extraña.

Mis consejos, mis votos, mis gritos fueron impotentes; en vano llamé á María Carolina. «La madre de Bayard, pronta á dejar el castillo paterno, *Horaba*, dice el leal servidor. La buena mujer salió por detrás de la torre, é hizo venir á su hijo, al que dijo estas palabras:—«Pedro, amigo mio, sé amable y cortés, alejando de tí todo orgullo; sé humilde y servicial con todos; sé leal en palabras y obras; sé caritativo con las pobres viudas y los huérfanos, y Dios te lo galardónará.» Entonces la buena mujer sacó de su manga una bolsita, en la que solo habia seis escudos en oro y uno en moneda suelta, y la cual dió á su hijo.»

El caballero sin miedo y sin tacha partió con seis escudos de oro en una bolsita, para llegar á ser el mas valiente y el mas famoso de los capitanes. Enrique, que no tiene quizá seis escudos de oro, tendrá otros combates que dar; será necesario que luche con la desgracia, campeon difícil de vencer. ¡Gloria á las madres que dan tan tiernas y tan buenas lecciones á sus hijos! ¡Bendita seas, pues, madre mia, á quien yo debo lo que puede haber honrado y disciplinado mi vida!

Perdónenseme estos recuerdos; pero quizá la tiranía de mi memoria, haciendo entrar lo pasado en lo presente, quita á este una parte de lo que tiene de miserable.

Los tres comisarios diputados á Carlos X eran MM. de Schouen, Odilon-Barrot y el mariscal Maison. No habiéndoles dejado pasar los puestos militares, volvieron á tomar el camino de París. Una oleada popular los llevó á Rambouillet.

EL PUEBLO SE DIRIGE Á RAMBOUILLET.—FUGA DEL REY.—REFLEXIONES.

En la tarde del 2 se extendió en París la noticia de

que Carlos X se negaba á dejar á Rambouillet hasta que hubiese sido reconocido su hijo. El 3 por la mañana se reunió una gran muchedumbre en los Campos-Eliseos, gritando:—«¡A Rambouillet! ¡A Rambouillet! ¡Que no escape un solo Borbon!» Algunos hombres ricos se hallaban mezclados á estos grupos; pero en el momento de la marcha dejaron partir á la *canalla*, á la cabeza de la cual se puso el general Pajot, quien tomó por su jefe de estado mayor al general Jacqueminot. Los comisarios que se volvian á París, habiendo encontrado á los exploradores de esta columna, volvieron atrás, y á su llegada fueron introducidos en Rambouillet. El rey les preguntó entonces el número de los insurrectos, y habiéndose retirado en seguida, hizo llamar á Maison, que le debia su fortuna y el baston de mariscal.—«Maison, le dijo: decidme, por vuestro honor, si es verdad lo que los comisarios me han contado.» El mariscal respondió:—«No os han dicho mas que la mitad de la verdad.»

El 3 de agosto habia aun en Rambouillet tres mil y quinientos hombres de infantería de la guardia, cuatro regimientos de caballería ligera, con veinte escuadrones y dos mil hombres. La casa militar y los guardias de corps de caballería y de infantería subian á mil trescientos hombres; total, ocho mil ochocientos hombres, siete baterías enganchadas y compuestas de cuarenta y dos piezas de cañon. A las diez de la noche toca el clarín bota-sillas; todo el campo se pone en movimiento para Maintenon, y Carlos X y su familia marchan en medio de la columna fúnebre que iluminaba apenas la velada luna.

¿Y ante quién se retiraba? Ante una multitud casi desarmada, que llegaba en ómnibus, en fiacres, en carruajes de Versailles y de Saint-Cloud. El general Pajot se creyó perdido cuando fue obligado á ponerse á la cabeza de esta multitud, que despues de todo no ascendia á mas de quince mil individuos con el refuerzo de los habitantes de Rouen que acababan de llegar. La mitad de esta gente se quedaba en medio del camino. Algunos jóvenes exaltados, valientes y generosos, que se habian mezclado á estas masas, se habrian sacrificado, pero el resto se hubiera dispersado probablemente. En los campos de Rambouillet hubiera tenido que sufrir á cuerpo descubierto el fuego de la tropa de línea y de la artillería, y segun todas las apariencias se habria ganado la batalla contra el pueblo. Entre la victoria de este en París y la victoria del rey en Rambouillet se habrian entablado negociaciones.

Qué, ¿entre tantos oficiales no ha habido uno bastante resuelto para tomar el mando en nombre de Enrique V? Porque, despues de todo, Carlos X y el delfin no eran ya reyes.

¿No se queria combatir? ¿Pues por qué no se verificaba la retirada á Chartres? Allí se hubiera estado fuera de los ataques del populacho de París, y aun mejor en Tours, con el apoyo de las provincias legitimistas. Si Carlos X hubiera permanecido en Francia, la mayor parte del ejército habria continuado fiel. Los campamentos de Bolonia y de Lunéville se habian levantado, y las tropas que los formaban volaban á su socorro. Mi sobrino, el conde Luis, venia con su regimiento, el 40 de cazadores, que no se desvandó hasta despues de saber la retirada de Rambouillet. Mr. de Chateaubriand se vió obligado á escoltar al monarca sobre un borrico hasta el lugar de su embarque. Si Carlos X hubiera convocado á las dos cámaras á una ciudad á cubierto de un golpe de mano, mas de la mitad de sus individuos habria acudido á la convocacion. Casimiro Perrier, el general Sebastiani y otros ciento habian esperado las disposiciones del rey, defendiéndose contra la escarapela tricolor. Temian los peligros de una revolucion popular; pero ¿qué digo? el mismo lu-



garteriente general, llamado por el rey, y no viendo la batalla ganada, habría abandonado á sus partidarios y conformándose con las órdenes reales. El cuerpo diplomático, que no hizo su deber, lo habría hecho entonces, colocándose alrededor del monarca. La república instalada en París, en medio de todos los desórdenes, no habría durado un mes enfrente de un gobierno regular y constitucional establecido en otra parte. Jamás se perdió una partida con tan buen juego, y cuando se ha perdido la suerte, no vuelve; id, pues, á hablar de libertad á los ciudadanos y de honor á los soldados despues de las ordenanzas de julio y de la retirada de Saint-Cloud.

Quizá llegará un tiempo, cuando una sociedad nueva haya ocupado el lugar del orden social actual, en que la guerra parezca un monstruoso absurdo, y el principio mismo no sea comprendido, pero no estamos aun en ese tiempo. En las querellas armadas hay filántropos que distinguen las especies y se horrorizan al solo nombre de guerra civil. ¡Compatriotas que se matan; hermanos, padres é hijos los unos enfrente de los otros! Todo esto es muy triste sin duda; sin embargo, muchas veces se regeneran los pueblos en medio de las discordias intestinas. Jamás ha perecido ninguno en una guerra civil, y muchos han desaparecido en las guerras extranjeras. Ved lo que era la Italia en el tiempo de sus divisiones, y lo que es hoy. Es deplorable hallarse obligado á asolar la propiedad de un compatriota, ver ensangrentados sus hogares por este; pero, francamente, ¿es mucho mas humano matar á una familia de alemanes, á la que no conocéis, que no ha tenido con vosotros ninguna disputa, á quien robais, á quien matais sin remordimientos, y á cuya mujer y á cuyas hijas deshonrais con tranquilidad de conciencia solo porque haceis la guerra?

Digase lo que se quiera, las guerras civiles son menos injustas, menos infames y mas naturales que las guerras extranjeras, cuando estas no se emprenden por salvar la independencia nacional. Las guerras civiles tienen por fundamento al menos ultrajes individuales, odios declarados y reconocidos; son duelos con segundos, en que los adversarios saben por qué tienen la espada en la mano. Si las pasiones no justifican el mal, le excusan, le explican y hacen comprender por qué existe. Pero ¿cómo justificar la guerra extranjera? Por lo regular las naciones se degüellan porque un rey se fastidia, porque un ambicioso se quiere elevar, ó porque un ministro trata de derribar á un rival. Tiempo es ya de hacer justicia á esos antiguos lugares comunes de *sensibilismo*, mas convenientes á los poetas que á los historiadores; Thucidides, César, Tito-Livio se contentan con una palabra de dolor, y pasan adelante.

La guerra civil, á pesar de sus calamidades, no tiene mas que un peligro real; si las facciones recurren al extranjero, ó el extranjero, aprovechándose de las divisiones de un pueblo, ataca á este pueblo, la conquista podria ser el resultado de tal posicion. La Gran-Bretaña, la Iberia, la Grecia constantinopolitana, la Polonia de nuestros dias, nos ofrecen ejemplos que no se deben olvidar. Sin embargo, durante la Liga, los dos partidos llamaron en su auxilio á los españoles y á los ingleses, á los italianos y á los alemanes; mas igualando las fuerzas, no alteraron el equilibrio que los franceses divididos guardaban entre sí.

Carlos X hizo mal en emplear las bayonetas en apoyo de las ordenanzas; sus ministros no pueden justificarse de haber hecho correr, por obediencia ó espontáneamente, la sangre del pueblo y de los soldados sin que ningun odio los dividiese, lo mismo que los terroristas teóricos reproducirian voluntariamente el sistema de terror cuando no hay ya terror. Pero Carlos X tuvo aun menos razon para no

aceptar la guerra, cuando, despues de haber cedido en todo, se le hundia. No tenia derecho, despues de haber pasado la diadema á la frente de su hijo, para decir á este nuevo Joas: «Yo te he hecho subir al trono para arrastrarte al destierro; para que en el infortunio y en el destierro lleves el peso de mis años, de mi proscricion y de mi cetro.» No habia necesidad de dar á Enrique V una corona y al mismo tiempo quitarle la Francia. Al hacerle rey, se le habia condenado á morir en la tierra á que se halla mezclado el polvo de San Luis y de Enrique IV.

Por lo demás, despues de este acaloramiento de mi sangre, vuelvo á la razon, y no veo en todo esto mas que el cumplimiento de los destinos de la humanidad. Si la corte hubiera triunfado por las armas, habría destruido las libertades públicas; no por eso habría dejado de ser hundida algun dia; pero habría retardado el desarrollo de la sociedad durante algunos años. Todo lo que habia comprendido la monarquía de una manera liberal habria sido perseguido por la congregacion restablecida. En último resultado, los sucesos han seguido el plano inclinado de la civilizacion. Dios, conforme á sus designios secretos, hace los hombres poderosos, ó les da faltas que los pierden cuando deben ser perdidos, porque no quiere que cualidades mal aplicadas por una falsa inteligencia se opongan á los decretos de su Providencia.

PALACIO REAL. — CONVERSACIONES. — ÚLTIMA TENTACION POLÍTICA. — MR. DE SAINT-AULAIRE.

La retirada de la familia real me dejó completamente aislado. Desde entonces no pensé sino en lo que debia decir en la cámara de los Pares. Era imposible escribir: si hubiesen dado el ataque los enemigos de la corona; si Carlos X hubiera sido destronado de resultas de una conspiracion, habría tomado la pluma; y si se respetaba la independencia del pensamiento, habría podido reunir alrededor de los despojos del trono un partido inmenso. Pero el ataque venia de la corona; los ministros habian violado la Constitucion, y hecho perjuro al monarca, quitándome por consiguiente toda fuerza. ¿Qué podía decir en favor de las ordenanzas? ¿Cómo hubiera podido ensalzar la sinceridad, el candor y la caballerosidad de la monarquía legitima? ¿Ni cómo decir que era la mejor garantía de nuestros intereses, de nuestras leyes y de nuestra independencia? La monarquía, de la cual era yo antiguo campeón, me quitaba las armas y me dejaba indefenso delante de mis enemigos.

Me sorprendí, pues, cuando, hallándome en tan mala situacion, vi que me buscaba la nueva dinastía. Carlos X desdeñó mis servicios, y Felipe se esforzaba en que me uniese á él. Habléme primero Mr. Arago en términos expresivos y de consideracion, en nombre de Mad. Adelaide, y despues me encontró un dia en casa de Mad. Recamier el conde Anatolio de Montesquieu, que me dijo tendrian una satisfaccion en verme en el palacio real la duquesa y el duque de Orleans. Se trabajaba entonces en la declaracion por la cual se iba á nombrar rey al que era solo lugarteniente del reino. Acaso S. A. R. creeria oportuno ver de debilitar mi oposicion antes de que llegase á hacerla públicamente. Pudo creer tambien que la huida de los reyes me habria puesto en el caso de considerarme separado de su causa.

Las indicaciones de Mr. de Montesquieu me sorprendieron. No las rechacé, sin embargo, porque, aunque no me prometia un éxito feliz de la entrevista, creí que podria exponer algunas verdades muy útiles. Fui al palacio real con el gentil-hombre de la futura reina. Entré por la puerta que da á la calle de Valois,

defender el trono hereditario, y que hace poco se honraban con la amistad íntima del rey! Ellos, que velaban á su puerta en Saint-Cloud; que le abrazaron en Rambouillet, y á quienes les dió la mano al despedirse, ¿se atreverán á levantar contra él las suyas calientes aun por el último apretón? ¿Se oirá el perjurio en esta cámara donde por quince años han resonado reiteradas protestas de aprecio y lealtad? Ellos, sin embargo, son los que han perdido á Carlos X; ellos son los que impulsaron la formacion de las ordenanzas; ellos los que saltaban de alegría cuando se publicaron y cuando se creyeron vencedores en ese momento de silencio profundo que precede al rayo.»

Confusa y dolorosamente se agitaban en mi imaginacion estas ideas. La cámara de los Pares habia llegado á ser el triple receptáculo de las corrupciones de la antigua monarquía, de la república y del imperio. Por lo que hace á los republicanos de 1793 y á los generales de Bonaparte, no me prometia que hiciesen sino lo que ya habian hecho: depusieron al hombre extraordinario á quien todo lo debian, y preparábase á deponer al rey que les confirmó los honores y gracias de que los habia colmado su primer amo. Cuando el tiempo varie depondrán tambien al usurpador que iba á tomar la corona.

Profundo silencio siguió á mi subida á la tribuna: pareció que los ánimos estaban preocupados, y arrellanándose los pares en sus sillones, fijaron la vista en el suelo. Excepto algunos pares que estaban resueltos á retirarse conmigo, ninguno se atrevió á dirigir los ojos á la tribuna. Conservo este discurso, porque resume mi vida y es el mejor título que tengo para la estimacion de la posteridad.

«Señores: La cuestion que hoy ocupa á la cámara no es tan difícil para mí como lo es para los pares que opinan de distinto modo que yo. En la declaracion que se propone domina á mi ver un hecho, que subordina, ó mejor dicho, destruye todos los demás. Si estuviésemos en tiempos normales, examinaria detenidamente las reformas que se intentan hacer en la Carta, pues muchas de ellas han sido propuestas por mí. Mas debo manifestar que me ha sorprendido el que se haya ocupado á la cámara de la medida reaccionaria concerniente á los pares creados por Carlos X. No se me podrá tachar de aficionado á que se hagan numerosos nombramientos de ellos, y ya sabeis que lo he resistido cuando se ha intentado hacerlo: ¿mas es justo constituirmos en jueces de nuestros colegas, y excluirlos siempre que nos plazca? ¿Se quiere destruir la dignidad de los pares? Destruyase en buen hora, que es preferible perder la vida á tener que implorarla.

«Antes de todo debe resolverse la cuestion de si está vacante el trono; pues entonces nos hallamos en el caso de elegir la forma de gobierno que estimemos conveniente.

«Primero que ofrecer la corona á un individuo cualquiera, será bueno saber qué gobierno es el que vamos á constituir. ¿Estableceremos la república ó una nueva monarquía?

«¿La una ó la otra darán á la Francia las garantías necesarias de duracion, orden y fuerza?

«La república tiene desde luego contra sí los recuerdos de la que existió en época no muy lejana, los cuales aun no se han borrado. Todavía recuérdase, en efecto, el tiempo en que la muerte iba siempre al lado de la libertad y de la igualdad. ¿Y cuando os halláreis en la anarquía, podríais despertar en su roca al Hércules que únicamente fue capaz de ahogar al monstruo? En mil años no verá la posteridad otro Napoleón, y por lo que hace á vosotros, no lo esperéis.

«Ademas, me parece que no podria llevarse á cabo la república en el estado actual de nuestras costumbres y de las relaciones con los gobiernos inmediatos.

La primera dificultad que se ocurriria sería conseguir de los franceses una votacion unánime. ¿Qué derecho tendria la ciudad de París para obligar á la de Marsella, ó cualquiera otra, á que se constituyera en república? ¿Habria una, veinte ó treinta? ¿Serian federativas, ó independientes? Pero prescindiendo de estas dificultades, supongamos que haya una sola república. ¿Con nuestra natural familiaridad, creéis que por muy grave, muy respetable y muy hábil que fuese un presidente podria permanecer un año siquiera al frente de los negocios públicos? Sin hallarse defendido por la ley, ni por la tradicion; contrariado, desprestigiado, insultado dia y noche por rivales secretos y por agentes de la revolucion, no inspiraria confianza á los comerciantes ni á los propietarios; careceria de la dignidad conveniente para tratar con los gabinetes extranjeros, y del poder necesario para sostener el orden interior. Si tomaba medidas violentas, la república se haria temible, y recelosa la Europa se prevendria de las divisiones de la nacion, las fomentaria, intervendria al cabo, y la Francia se veria empeñada de nuevo en horrosas luchas. La república representativa es, á no dudarlo, el estado futuro del mundo; pero su época aun no ha llegado.

«Vamos ahora á la monarquía.

«Hágase como se quiera, un rey elegido por las cámaras será siempre una novedad. Supongo que se quiere la libertad, y mas que ninguna otra la de imprenta, por la cual y para la cual ha conseguido el pueblo tan brillante victoria. Pues bien; cualquier nueva monarquía se verá precisada mas tarde ó mas temprano á restringir esta libertad. ¿Napoleon mismo, pudo permitirla? Hija de nuestras desgracias y esclava de nuestras glorias, la libertad de imprenta no vive segura sino con un gobierno cuyas raices son profundas. La nueva monarquía, producto bastardo de una noche sangrienta, ¿no tendria nada que temer de que se proclamasen opiniones independientes?

«Si los unos pudiesen defender la república y los otros la monarquía ó el despotismo, ¿no temeríais que fuese necesario muy pronto recurrir á leyes excepcionales, á pesar del anatema contra la censura del artículo 8.º de la Carta?

«Y entonces, ¿qué habríais ganado vosotros, amigos de una libertad moderada, con el cambio que se os propone? Por fuerza habríais de caer en la república ó en la esclavitud legal. Veríase, pues, á la monarquía desbordada y destruida por el torrente revolucionario, ó al monarca siendo víctima de las facciones.

«El entusiasmo que causan los buenos resultados hace que luego se nos presente todo á la imaginacion como muy fácil de ejecutar, y así es que nos prometemos que se satisfarán las exigencias, los intereses y los caprichos de todos; que se sacrificará la vanidad y el egoismo, y que la sabiduría del gobierno vencerá los obstáculos que se presenten; pero despues que han pasado algunos meses, la práctica desmiente á la teoría.

«He presentado tan solo varios de los infinitos obstáculos que se ofrecerian con la creacion de la república ó de una nueva dinastía. La una y la otra están preñadas de males; mas como todavía queda un tercer partido que tomar, conveniente será que sobre él digamos algunas palabras.

«Ministros infames han mancillado la corona, han sostenido la violacion de la ley por medio del asesinato, y se han burlado de los juramentos hechos al cielo y de las leyes que habian prometido guardar.

«¡Extranjeros que por dos veces habeis entrado sin resistencia en París, sabed que estolo debisteis á que os presentásteis en nombre del poder legal! Si viniésteis hoy en defensa de la tiranía, ¿creéis que se os abririan tan fácilmente como antes las puertas de la capital del mundo civilizado? Despues de vuestra par-



tida se ha engrandecido la nación francesa bajo el régimen de leyes constitucionales; nuestros hijos son gigantes; nuestros reclutas de Argel, y nuestros escolares de París, son dignos hijos de los vencedores de Austerlitz, de Marengo y de Jena, fortalecidos además con cuanto la libertad presta á la gloria.

»Jamás hubo defensa mas legítima ni mas heroica que la que ha hecho el pueblo de París. No se ha insurreccionado contra la ley, pues ha vivido tranquilo mientras se respetara el pacto social; ha sufrido sin quejarse, insultos, provocaciones y amenazas, y ha prodigado su dinero y su sangre por conservar la Carta.

»Pero cuando despues de haber estado engañándolo hasta el último momento ha querido imponersele la esclavitud; cuando estalló repentinamente la conspiración de la necesidad y de la hipocresía; cuando se intentaba que al terror de la república y al yugo de hierro del imperio siguiese el despotismo militar establecido por eunucos, se revistió el pueblo de in-

teligencia y valor, y ha demostrado que sus *mercaderes* respiraban sin dificultad el humo de la pólvora, y que para avasallarlo se necesitaban mas de *cuatro soldados y un cabo*. En un siglo entero no se hubiera asegurado tanto la suerte de cualquier nación como en los tres dias que acaban de trascurrir. De resultas de los crímenes cometidos se han proclamado enérgicamente nuevos principios. Ahora bien: ¿en virtud de esos crímenes y de la victoria obtenida por la nación deberá cambiarse el orden de cosas establecido? Vamos á examinar esta cuestión. La caída ó abdicación de Carlos X y de su hijo no han dejado vacante el trono, pues tras de ellos viene un niño cuya inocencia no debe castigarse.

»¿Qué sangre, en efecto, clama contra él? ¿Os atreveréis á decir que debe seguir la misma suerte que su padre? Educado este huérfano en las escuelas de la patria, con las ideas del siglo, é inspirándole desde luego cariño al gobierno representativo, podremos



LUIS FELIPE DE ORLEANS.

formar un rey tal como lo reclaman las necesidades del porvenir. Su tutor debería jurar ahora la declaración sobre que vamos á votar, cuyo juramento ratificaría el joven monarca cuando llegase á su mayor edad. Entre tanto será rey el duque de Orleans, regente del reino, príncipe que ha vivido entre el pueblo y que conoce muy bien que para que subsista hoy la monarquía ha de ser liberal é ilustrada. Páreceme que tan fácil combinación concilia todos los intereses y que podrá salvar á la Francia de las turbulencias que originan siempre los cambios de dinastía.

»Y no se diga, porque sería completamente infundado, que este niño, separado de sus padres, recordaría luego para vengarse ciertos nombres, ni que se infatuaria tampoco con su nacimiento despues de darle una educación popular y de tener á la vista los terribles hechos que hundieron á dos reyes en dos noches.

»No es un entusiasmo sentimental, ni el cariño de nodriza transmitido de una en otra desde Enrique IV, hasta el joven Enrique, los que me impulsan á defender esta causa, que estoy seguro que si venciese habia de perjudicarme. No aspiro al martirio, ni á resucitar los tiempos de la caballería, ni á que mi nombre se escriba en novelas y romances: no creo en el derecho divino de los reyes, y si en el poder de las revoluciones y de los hechos. En apoyo de mi opinión no invoco la Carta, como pudiera, sino que voy mas arriba, al exámen filosófico de esta época que verá muy pronto el término de mi vida: propongo al duque de Burdeos, como una necesidad mas imperiosa que aquella otra con que se me contradice.

»Bien conozco que con alejar del trono á ese niño se quiere establecer el principio de la soberanía popular, simpleza de la escuela antigua, que prueba que baje este concepto nuestros modernos demócra-

tas no han hecho mas progresos que los veteranos de la monarquía. En ninguna parte existe la soberanía absoluta, no proviene la libertad del derecho político, como se suponía en el siglo XVIII, sino del derecho natural, lo que hace que pueda existir en toda clase de gobiernos, y así es que á veces se goza mas de ella en una monarquía que en una república.

»Siempre que el pueblo ha dispuesto de los tronos, lo ha hecho tambien de su libertad. Nótese bien que el principio hereditario, por muy absurdo que parezca á primera vista, es preferible al electivo y así lo ha demostrado la experiencia. Las razones de ello son tan evidentes, que no me detendré en exponerlas. Elegireis hoy un rey; ¿pero quién os impedirá que mañana lo hagais de otro? ¡La ley, direis, sin conocer que es una ley que haceis vosotros mismos!

»Pero todavía se usa otro modo mas sencillo de abordar la cuestión: y es diciendo: «No queremos la rama primogénita de los Borbones, porque hemos triunfado en una causa justa y santa, y usamos del doble derecho de conquista.»

»Muy bien: está visto que proclameis la soberanía de las fuerzas, y siendo así, os aconsejo que conservéis cuidadosamente esa fuerza, pues tendreis que sentir en el momento que la perdais. ¡Así es la naturaleza humana! Las personas mas justas é ilustradas no saben sobreponerse á un acontecimiento cualquiera. Hace poco que fueron las primeras en invocar el derecho contra la violencia, lo cual defendían con notable brillantez, y no bien ha venido á demostrarse la verdad de lo que decían por el abominable abuso de la fuerza y por su completa destrucción, cuando los vencedores se apoderan del arma



LAFFAYETTE.

que han roto, cuyos peligrosos pedazos herirán cruelmente sus propias manos.

»He traído la cuestión al terreno de mis adversarios, y no he querido ir á vivaquear al campo de lo pasado, bajo las banderas de los muertos; pues si es verdad que estas banderas están llenas de gloria, es lo tambien que penden á lo largo de sus astas, porque ya no las agita el viento de la vida. Y además, aunque removiese el polvo de treinta y cinco Capetos, no encontraría un argumento que se quisiese oír siquiera. Está abolida la idolatría hácia un nombre tradicional, y la monarquía no es ya una religion, sino la forma de gobierno preferible hoy á cualquiera otra, porque es la que mejor puede conciliar el orden con la libertad.

»Como Casandra, he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han despreciado, y ya no me queda que hacer sino sentarme sobre los despojos del naufragio que tantas veces he predicho. Conozco que la desgracia tiene un poder inmenso; pero estoy seguro que nunca alcanzará hasta precisarme á faltar á mis juramentos de fidelidad. Debo ser consecuente: despues de cuanto he hecho, dicho y escrito en favor de los Borbones, sería un miserable si renegase de ellos, cuando por vez tercera se hallan proscriptos.

»Intimidense en buen hora esos generales realistas que jamás sacrificaron á su lealtad ni un maravedí, esos campeones del trono y del altar que no ha mucho me trataban de renegado, apóstata y revolucionario. ¡Venid ahora á tartamudear conmigo una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes y cuya ruina habeis causado! Instigadores de golpes de Estado; predicadores del poder constituyente, ¿dónde estais? os escondéis en el cielo desde donde levantais la cabeza para calumniar á los verdaderos servidores del rey: vuestro silencio de hoy está en armonía con vuestro lenguaje de ayer. Natural es que esos valientes, cuyos proyectos han hecho que se arrojen á palos á los descendientes de Enrique IV, se agrupen temblando bajo la noble bandera tricolor, pues si bien es cierto que ella protegerá sus personas, tambien lo es que no puede quitarles su cobardía.

»Y no se crea que al expresarme con tan ruda franqueza aspiro á dar prueba de mi heroísmo. Pasó el tiempo en que costaba la vida el manifestar sus opiniones; pero si estuviésemos en él, hablaría aun mucho mas alto. El mejor escudo es un pecho que no teme presentarse descubierto al enemigo. No, señores, no; nosotros no tenemos nada que temer de un pueblo cuya cordura es igual á su valor, ni de una ju-